

Personaje en su escenario

Quienes lo conocemos, al tiempo que leíamos la entrevista, oíamos también su voz. Quienes lo conocemos sabemos que ese decir suyo es adecuado, mesurado a veces, apresurado otras. Vive en el arte, habitando el arte, transitando ese espacio de transparencia estética en que se ha convertido el antiguo convento de las Carmelitas por obra de Antonio Pérez y su Fundación. Esto también lo pensamos quienes conocemos a este monje ateo, bondadoso y pacífico, ajeno a polémicas y dispuesto en todo momento a oír a quien sube hasta los lugares místicos de la ciudad antigua. Más de uno ha sentido la urgencia de confesarse con este clérigo laico, en un rito de confidencia agnóstica. Y se habrá sacudido, al hacerlo, sus infidelidades artísticas, al tiempo que aconsejado por Antonio —paciente incluso cuando blasfemamos en arte— habrá reconducido su camino equivocado por las rutas auténticas de la pintura, la poesía o la escultura, que para eso él espera a quienes de vez en cuando encaminamos nuestros pasos hacia la ciudadela para recrearnos en el patrimonio de sus fondos permanentes o en las novedades de las exposiciones sorpresivas con que nos enriquecen sus amigos artistas.

Ha sido un gozo. La entrevista de J. Semprún a ese “personaje encontrado” que es Antonio Pérez, publicada en la Colección Atalaya de la Diputación Provincial, ha sido un gozo. En esas páginas hallamos también al personaje, como lo solemos encontrar cuando accedemos a esos últimos lugares de Cuenca. Es la fidelidad a sí mismo cuanto se advierte de Antonio Pérez en las páginas de la entrevista. Por eso ésta proporciona un “re-encuentro” a muchos de nosotros.

Entusiasmado, habla de Cuenca como si hablara de sí y es que este personaje ilumina con su espíritu aquello que habita, lo llena de resplandor, que en eso consiste el toque artístico, como hace fulgurar esos pequeños y sencillos



ABELARDO
MARTÍNEZ CRUZ

objetos cuando nos los pone ante nosotros y nos obliga a ver su belleza, a pesar de la humildad que todos ellos con anterioridad poseían, envueltos a veces en herrumbre y abandono. Habla de la ciudad que algunos han despreciado, alejándose de ella. Pero advierte: “¡El secreto no está en Cuenca, el secreto está en uno mismo! De nada sirve despotricar contra la ciudad. Muchas de las personas que se han ido tendrían que despotricar contra sí mismas. Yo creo que el enemigo en la vida no es la ciudad,

no es el país, es uno mismo. La gente huye más de sí mismo que de las ciudades y siempre ponen como excusa que hay esto o lo otro...” Y esa es la gran verdad, el reconocimiento o el olvido del ser personal. Estas palabras de Antonio me evocaban aquellas otras con las que Quevedo finalizaba el Buscón: “...pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres”.

Vivir, el arte de irse haciendo a lo largo de una vida, eso lo sabe Antonio como un viejo estoico: “Tú eres tu vida, y tú existes en la medida en que tú sabes existir contigo a solas en tu habitación o con quien estés y, si no, con tus libros”. Lo deja caer al final de una larga reflexión, como conclusión, como coda de un pensamiento al que lleva una moral estoica. En ocasiones aparece su epicureísmo: “Ya no pierdo el tiempo en el vino peleón, ni mucho menos. Yo ya no pierdo tiempo en el mal vino, no faltaba más, al revés, lo gano en el bueno. Bebo menos, pero bebo mejor”.

Cuando concluí de recorrer la entrevista no pude sino recordar la invitación que el difícil Heráclito hacía a unos desconocidos al quedar sorprendidos viéndole: “¡Entrad, entrad ¡-les dijo- También aquí habitan los dioses”. Y es que en una ciudad mínima, aparentemente adormecida, uno puede encontrarse con personajes como Antonio Pérez y reconocer que también aquí mora la inquietud, el aleteo de una llama lírica.